

CAPÍTULO VI

Clarke en el cuartel general del ejército de Italia.—Ruptura de las negociaciones con el gabinete inglés.—Marcha de Malmesbury.—Expedición de Irlanda.—Trabajos administrativos del Directorio en el invierno del año v.—Estado de la hacienda.—Ingresos y gastos.—Capitulación de Kehl.—Última tentativa del Austria sobre Italia.—Victoria de Rivoli y de la Favorita.—Toma de Mantua.—Fin de la memorable campaña de 1796.

El general Clarke acababa de llegar al cuartel general del ejército de Italia, desde donde debía dirigirse a Viena. Su misión había perdido ya el objeto principal, pues la batalla de Arcola hacía inútil el armisticio. Bonaparte, a quien el general Clarke tenía orden de consultar, desaprobaba del todo el armisticio y sus condiciones, alegando razones excelentes. El armisticio no podía ya tener sino un objeto, el de salvar el fuerte de Kehl sobre el Rin, que el archiduque Carlos sitiaba con gran vigor, y para este objeto, muy accesorio, sacrificaba a Mantua. Kehl se reducía a una cabeza de puente que no era un punto indispensable para salir a Alemania; mientras que la toma de Mantua, por el contrario, llevaba consigo la conquista definitiva de Italia, permitiendo exigir en cambio Maguncia y toda la línea del Rin. El armisticio comprometía evidentemente esta conquista, pues Mantua, llena de enfermos y reducida a media ración, no podía retardar más de un mes el abrir sus puertas. Los víveres que se introdujeran devolverían a la guarnición la salud y las fuerzas: no se podía fijar exactamente la cantidad; pero si Würmser los economizaba, conseguiría tener provisiones para oponer de nuevo resistencia en caso de renovarse las hostilidades. La serie de batallas empeñadas para proteger el bloqueo de Mantua sería, pues, inútil, y se debería trabar otras, incurriendo en nuevos gastos. No se reducía todo a esto: el papa iba a ser comprendido seguramente en el armisticio por Austria, y entonces se perdía el medio de castigarle y exigir de él los veinte ó treinta millones que se necesitaban para el ejército y que servirían para emprender una nueva campaña.

Bonaparte, penetrando en el porvenir, aconsejaba no suspender las hostilidades, sino continuarlas por el contrario con vigor, trasladar la guerra a su verdadero teatro y enviar a Italia un refuerzo de treinta mil hombres. De este modo prometía marchar sobre Viena, y obtener en dos meses la paz, la línea del Rin y una república en Italia. Sin duda que esta combinación ponía en sus manos todas las operaciones militares y políticas de la guerra, pero fuese interesada ó no, era exacta y profunda, y el porvenir demostró que era sabia.

Sin embargo, para obedecer al Directorio se escribió a los generales austriacos en el Rin y el Adige, a fin de proponerles el armisticio y obtener pasaportes para Clarke. El archiduque Carlos contestó a Moreau que no podía dar oídos a ninguna proposición de armisticio; que sus poderes no se lo permitían, y que era preciso

consultar al consejo áulico. Alvinzy contestó lo mismo, y envió un correo a Viena. El ministerio austriaco, secretamente afecto a Inglaterra, estaba poco dispuesto a escuchar las proposiciones de Francia: el gabinete de Londres le había dado cuenta de la misión de lord Malmesbury, esforzándose para persuadirle que el emperador obtendría muchas más ventajas tomando parte en la negociación abierta en París, que no haciendo conquistas separadas, pues se sacrificaban las de Inglaterra en las dos Indias para proporcionarle la restitución de los Países Bajos. Además de las insinuaciones de Inglaterra, el gabinete de Viena tenía otros motivos para rechazar las proposiciones del Directorio: lisonjeaba de tomar muy pronto el fuerte de Kehl; los franceses situados a lo largo del Rin no podían ya entonces franquearle; y sin peligro ninguno sería dado retirar nuevos destacamentos; a fin de conducirlos al Adige. Las fuerzas de estos últimos, unidas a las que se estaban reclutando en toda el Austria con maravillosa actividad, permitirían hacer aún otro esfuerzo contra Italia, y tal vez aquel terrible ejército que había aniquilado tantos batallones austriacos acabaría al fin por sucumbir bajo reiterados esfuerzos.

No se desmentía, pues, aquí la constancia alemana, y a pesar de tantos reveses no renunciaba todavía a la hermosa Italia. En su consecuencia, resolvióse rehusar a Clarke la entrada en Viena; temíase además la presencia de un observador en medio de la capital del Imperio, y no se quería negociación directa. En cuanto al armisticio, se hubiera consentido en admitirle en el Adige, pero no en el Rin; y contestóse a Clarke que si quería dirigirse a Vicenza encontraría allí al barón de Vincent, con quien podría conferenciar. La entrevista tuvo lugar efectivamente en Vicenza: el ministro austriaco pretendió que el emperador no podía recibir a un enviado de la república, porque era reconocerla; declarando que en cuanto al armisticio no era posible admitirle sino en Italia. Esta proposición era ridícula, y no se concibe que el ministerio austriaco pudiese hacerla, puesto que salvaba a Mantua y no a Kehl, y debía suponerse muy necios a los franceses para que la aceptasen. Sin embargo, el ministerio austriaco, que para caso de apuro deseaba tener el medio de entablar una negociación separada, hizo declarar por su agente que si el comisionado francés tenía que hacer proposiciones relativas a la paz, le bastaría dirigirse a Turín y comunicarlas al embajador austriaco en el Piamonte. Así, pues, gracias

a las sugerencias de Inglaterra y a las locas esperanzas de la corte de Viena, desistióse del peligroso proyecto de armisticio. Clarke marchó a Turín para aprovechar en caso necesario la mediación que se le ofrecía cerca de la corte de Cerdeña, y además llevaba otra misión, que era la de observar al general Bonaparte. El genio de este joven había parecido tan extraordinario, su carácter tan absoluto y enérgico, que sin motivo alguno determinado se le supuso ambición. Había querido conducir la guerra a su antojo, ofreciendo su dimisión cuando se le trazó un plan que no era el suyo; había procedido soberanamente en Italia, concediendo a los príncipes la paz ó declarándoles la guerra bajo el pretexto de los armisticios; habíase quejado con altanería porque no se le dejaban dirigir por sí mismo las negociaciones con el papa, exigiendo que se le confiaran; trataba duramente a los comisionados Garau y Salicetti cuando se permitían adoptar medidas que le desagradaban, habiéndoles obligado al fin a salir del cuartel general; permitióse enviar fondos a los diversos ejércitos sin autorización del gobierno y sin la mediación indispensable de la tesorería, y todos estos hechos indicaban un hombre que deseaba hacer por sí solo lo que creía que él solo podía hacer bien. Esto no era aún, sin embargo, más que la impaciencia del genio, al que no gusta verse contrariado en sus obras; pero precisamente por esta impaciencia comienza a manifestarse una voluntad despótica. Al verle sublevar a la alta Italia contra sus antiguos señores y crear ó destruir Estados, decíase que trataba de proclamarse duque de Milán. Se presentaba su ambición y él presagiaba también la censura, pues se quejaba de que le acusasen y justificábase luego él mismo, sin que una sola palabra del Directorio le hubiera dado motivo para ello.

Clarke no llevaba, pues, solamente la misión de negociar, sino la de observar a Bonaparte: éste recibió aviso de ello, y procediendo con la altivez y habilidad que le eran propias, dióle a entender que sabía el objeto de su comisión, le subyugó al punto con su ascendiente y su gracia, tan poderosa, según dicen, como su genio, y convirtiólo en el mayor amigo. Clarke tenía talento y sobrada vanidad para ser un espía sagaz, y por lo tanto permaneció en Italia, unas veces en Turín y otras en el cuartel general, siendo muy pronto más afecto a Bonaparte que al Directorio.

En París procuraba el gabinete inglés diferir las negociaciones cuanto podía; pero al fin el francés obligó a lord Malmesbury a que se explicase pronta y terminantemente. Este ministro, según ya hemos visto, propuso al principio una negociación general sobre compensación de conquistas, y el Directorio por su parte había exigido poderes de todos los aliados y una explicación más clara del principio de las compensaciones. Diez y nueve días tardó en contestar el ministro inglés, al cabo de los cuales dijo que había pedido los poderes; pero que antes de obtenerlos debía el gobierno de Francia admitir positivamente el principio de las compensaciones. Pidió inmediatamente el Directorio la explicación de los objetos que en las mismas se apoyaban, y aquí es donde dejamos la negociación. Lord Malmesbury escribió de nuevo a Londres, y pasados doce días, el 6 frimario (26 de noviembre) respondió que su corte nada tenía que añadir a lo que había dicho, ni podía dar más ex-

plicaciones mientras el gobierno francés no admitiese formalmente la base propuesta. Esto era una astucia, porque al pedir explicación sobre los objetos que debían compensarse, Francia admitía evidentemente el principio de compensación. Escribir a Londres y emplear otros doce días para semejante sutileza era mofarse del Directorio.

Respondió, como siempre, al día siguiente con una nota de cuatro líneas, diciendo que su anterior llevaba necesariamente la admisión del principio de las compensaciones, aunque por lo demás le admitía formalmente y pedía que desde luego se le designasen los objetos a que debía aplicarse este principio. El Directorio se informó además de si lord Malmesbury tendría que escribir a Londres a cada punto que se tratase, a lo cual respondió confusamente que se vería precisado a hacerlo siempre que la cuestión exigiera nuevas instrucciones. Escribió otra vez y tardó veinte días en responder, siendo ya evidente que se iba a salir del círculo vicioso para tratar al fin de la delicada cuestión de los Países Bajos. Explicarse sobre este particular era poner término a las negociaciones, y así es que el gabinete de Inglaterra retardó cuanto pudo que llegase este caso. Al fin el 28 frimario (18 de diciembre) tuvo lord Malmesbury una entrevista con el ministro Delacroix, y le entregó una nota en la que el gabinete inglés manifestaba sus pretensiones. Quería que la Francia restituyese a las potencias continentales cuanto había conquistado; que devolviese al Austria la Bélgica y el Luxemburgo, y los Estados alemanes de la orilla izquierda del imperio; que evacuase toda la Italia dejándola en el *statu quo ante bellum*; que restituyese a la Holanda ciertos territorios, tales, por ejemplo, como la Flandes marítima para constituir la independiente; y finalmente, que se hiciesen varias alteraciones en su actual Constitución. El gabinete inglés no prometía devolver las colonias holandesas mientras no se restableciese el Estatuderato, y aun entonces tampoco lo efectuaría con todas, pues debía guardar algunas por indemnización de guerra, y entre ellas el Cabo. Por todos estos sacrificios ofrecía dar dos ó tres islas de que la guerra nos había privado en las Antillas; la Martinica, Santa Lucía y Tabago, con la condición de que no poseeríamos totalmente a Santo Domingo. De modo que tras una guerra inicua en que tenía de su parte toda la justicia, en que había gastado enormes sumas y obtenido al fin la victoria, la Francia no hubiera ganado una sola provincia, mientras las potencias del Norte acababan de repartirse un reino y la Inglaterra de conseguir en la India riquísimas posesiones. ¡Francia, que ocupaba aún la línea del Rin y era dueña de Italia, había de evacuar ambas por una simple intimación de Inglaterra! Semejantes condiciones eran absurdas é inadmisibles; sólo el proponerlas era una ofensa, y por lo tanto no debían escucharse. El ministro Delacroix las escuchó sin embargo con una finura que admiró al inglés, y le dió esperanzas de que la negociación se llevaría adelante.

Delacroix dió una declaración infundada, cual fué la de que los Países Bajos estaban declarados como territorio nacional por la Constitución; y el ministro inglés le respondió con otra que no tenía más fuerza, a saber: que el tratado de Utrecht los concedía al Austria. La Constitución podía tener fuerza para la nación francesa,

pero ni importaba ni era de ningún valor á las naciones extranjeras. El tratado de Utrecht era, como todos los tratados del mundo, un convenio de la fuerza, que la fuerza podía alterar. La única razón que el ministro francés debió dar, se apoyaba en que la reunión de los Países Bajos á Francia era justa, fundada en naturaleza y en política y legitimada por la victoria. Después de un largo debate acerca de los puntos accesorios de la negociación, se separaron ambos ministros: Delacroix fué á dar parte al Directorio, que irritado con razón, resolvió responder al ministro inglés como merecía. La nota del ministro inglés no estaba firmada, sino contenida en una carta, y por esto exigió el Directorio en aquel mismo día que se la presentase con las debidas formalidades, exigiendo el *ultimatum* en el término de veinticuatro horas. Apurado lord Malmesbury, contestó que la nota tenía la autenticidad suficiente, puesto que estaba incluida en una carta firmada, y que respecto al *ultimatum* no se acostumbraba exigirle tan bruscamente. Al día siguiente, 29 frimario (16 diciembre), el Directorio le comunicó que no escucharía jamás proposición alguna contraria á las leyes y á los tratados que obligaban á la república; que debiendo lord Malmesbury consultar á cada instante á su gobierno, y desempeñando por lo tanto un papel puramente pasivo en la negociación, era inútil su presencia en París, y que por lo tanto tenía orden de retirarse con todo su séquito en el término de cuarenta y ocho horas. Añadió que, por otra parte, bastarían los correos para negociar, si el gobierno inglés adoptaba las bases sentadas por la república francesa.

Así terminó aquella negociación, en la que el Directorio, lejos de faltar á las formas, como se ha dicho, dió un verdadero ejemplo de franqueza en sus relaciones con las potencias enemigas.

Durante aquel intervalo trabajábase en el gran proyecto de Hoche contra Irlanda. En ella tenía sus temores Inglaterra, porque era en efecto lo que podía ponerla en extremado riesgo. A pesar de los rumores, diestramente esparcidos, de una expedición á Portugal ó á América, la Inglaterra había comprendido bien el objeto de los preparativos que se hacían en Brest. Pitt levantó milicias, armó los pueblos de las costas y dió orden para que si los franceses desembarcaban quedase evacuado todo lo del interior.

La situación misma en que se hallaba la Irlanda, adonde se destinaba la expedición, era muy propia para inspirar grandes recelos. Los partidarios de la reforma parlamentaria y los católicos presentaban en esta isla suficiente número para efectuar un levantamiento. De buena gana hubieran adoptado un gobierno republicano bajo la garantía de Francia, y enviaron agentes secretos á París para entenderse con el Directorio. Todo, pues, pronosticaba el conflicto en que pudiera poner una expedición á Inglaterra, reduciéndola á aceptar una paz muy diferente de la que acababa de ofrecer. Hoche, que había consumido en la Vendée los dos años más preciosos de su vida y que veía ocupados por Bonaparte, Moreau y Jourdan los mejores teatros de la guerra, anhelaba procurarse otro en Irlanda. La Inglaterra era una enemiga no menos grande que el Austria, siendo también glorioso combatirla y vencerla. En Italia se creaba una nueva república, que iba á ser el germen de la libertad, y Hoche consideraba acertado y posible

erigir otra semejante en Irlanda al lado de la aristocracia inglesa. Había adquirido estrecha amistad con el almirante Truguet, ministro de Marina y hombre muy ilustrado. Ambos se prometían poner en brillante estado la marina y emprender grandes proyectos, porque entonces ninguna imaginación estaba quieta; todos ideaban admirables empresas para la gloria y felicidad de su patria. La alianza ofensiva y defensiva concluida con España en San Ildefonso ofrecía inmensos recursos y abría campo para grandiosos proyectos. Reuniendo la escuadra de Tolón con la española y concentrándolas en el canal de la Mancha con las que tenía Francia en el Océano, podía contarse con fuerzas formidables é intentar la libertad de los mares por una batalla decisiva; cuando menos se podía promover un incendio en Irlanda é interrumpir los triunfos de Inglaterra en la India. El almirante Truguet, que conocía la importancia de acudir pronto á la India, quería que sin esperar la reunión de las escuadras francesa y española en la Mancha, la escuadra de Brest se hiciese al momento á la vela, desembarcase el ejército de Hoche en Irlanda, dejase algunos miles de hombres á bordo, se dirigiera después á la isla de Francia, y tomando los batallones de negros que allí se organizaban se transportaran estos auxilios á la India para sostener á Tipoo Saib. Tenía esta gran expedición el inconveniente de no llevar á Irlanda más que una parte del ejército expedicionario, dejándola expuesta á grandes riesgos, esperando la reunión, muy eventual, de la escuadra del almirante Villeneuve, que debía salir de Tolón; de la española, que se hallaba diseminada por los puertos de España, y de la escuadra de Richery, que volvía de América. Frustróse esta expedición y se esperó la llegada de América de Richery, haciéndose, á pesar del mal estado de la hacienda, extraordinarios esfuerzos para llevar á cabo el armamento de la escuadra de Brest. En el mes de frimario (diciembre) se halló en estado de darse á la vela, constanding de quince navíos de línea, veinte fragatas, seis gabarras y cincuenta buques de transporte, pudiendo llevar veintidós mil hombres. No pudiendo Hoche avenirse con el almirante Villaret-Joyeuse, se substituyó éste con Morard-de-Galles. La expedición debía desembarcar en la bahía de Bantry, y á cada capitán de navío se fijó en un pliego cerrado la dirección que debía seguir y el punto donde había de fondear en caso de contratiempo.

La expedición se dió á la vela el 22 frimario (16 diciembre). Hoche y Morard-de-Galles iban en una fragata; y gracias á la espesa niebla, se libró la escuadra francesa de los cruceros ingleses, atravesando el mar sin ser vista, pero en la noche del 26 al 27 uná tempestad horrorosa la dispersó, sumergiendo un navío. Sin embargo, el contraalmirante Bouvet trabajó cuanto pudo para reunir la escuadra, no pudiendo lograrlo hasta pasados dos días, que lo verificó, juntándola toda menos un navío y tres fragatas. Una de éstas era por desgracia la que llevaba á Hoche y Morard-de-Galles. La escuadra navegó hacia el cabo de Clear, maniobrando por espacio de algunos días para esperar á los dos jefes, hasta que al fin entró en la bahía de Bantry el 5 nivoso (24 diciembre). Decidió el desembarco un consejo de guerra; mas no pudo efectuarse por causa del temporal, y la escuadra se alejó otra vez de las cos-

tas de Irlanda. Vencido por tantos obstáculos el contraalmirante Bouvet, temiendo verse sin víveres y separado de sus jefes, creyó deber regresar á las costas de Francia. Por fin cuando llegaron Hoche y Morard-de-Galles á la bahía de Bantry y supieron la vuelta de la escuadra, tuvieron que seguir su rumbo por inauditos peligros. Azotados por las olas y perseguidos por los ingleses, llegaron á las costas de Francia como por milagro. El navío *Los derechos del hombre*, mandado por el capitán La Crosse, se vió separado de la escuadra é hizo prodigios: embestido por dos navíos ingleses, destruyó al uno y se libró del otro; pero todo desarbolado y abierto, cedió al fin á la violencia del mar, sumergiéndose parte de su tripulación y pudiendo salvarse el resto á duras penas.

Así terminó aquella expedición que alarmó á Inglaterra y descubrió el punto por donde flaqueaba. El Directorio no renunció por esto á intentar más tarde el proyecto, y por entonces fijó todas sus miras hacia el lado del continente para obligar á ceder al Austria. Las tropas de la expedición sufrieron muy poco y desembarcaron. Dejose en las costas suficiente fuerza para guardar el país, dirigiendo al Rhin la mayor parte de las tropas que llevaban el título de ejército del Océano. Por lo demás, las dos Vendées y la Bretaña se hallaban totalmente pacificadas por los cuidados y continua presencia de Hoche, á quien se preparaba un cargo distinguido para recompensarle sus imprevistos y penosos afanes. La dimisión de Jourdan, á quien había disgustado el mal éxito de la campaña y á quien se reemplazó interinamente por Beurnonville, permitía ofrecer á Hoche una compensación que desde hacía largo tiempo érale debida por su patriotismo y sus talentos.

El invierno estaba ya muy adelantado (era nivoso, enero de 1797) y á pesar de ello no se había interrumpido aquella memorable campaña. El archiduque Carlos, en el Rhin, sitiaba á Kehl, la cabeza de puente de Huninga. Alvinzy, en el Adige, preparaba un nuevo y último esfuerzo contra Bonaparte. En el interior de la república reinaba bastante tranquilidad: los partidos tenían la vista fija en los diversos teatros de la guerra; la consideración y la fuerza del gobierno aumentaba ó disminuía según las alternativas de la campaña; la última victoria de Arcole había excitado gran entusiasmo, reparando el mal efecto producido por la retirada de los ejércitos del Rhin; pero este esfuerzo de una bravura desesperada no tranquilizaba del todo respecto á la posesión de Italia. Sabíase que Alvinzy reunía más fuerzas y que el papa hacía armamentos: los malévolos aseguraban que el ejército de Italia carecía de fuerzas, y que su general, agobiado por los trabajos de una campaña sin ejemplo y consumido por una enfermedad extraordinaria, no podía ya sostenerse á caballo. Mantuvo no se había tomado aún, y podíanse concebir inquietudes para el mes de nivoso (enero).

Los diarios de ambos partidos, aprovechándose sin medida de la libertad de imprenta, seguían desencadenándose, y los de la contrarrevolución, al ver acercarse la primavera, época de las elecciones, trataban de agitar la opinión, disponiéndola en su favor. Desde los desastres de los realistas de la Vendée, era evidente que su último recurso consistía en servirse de la libertad misma para aniquilarla, é invadir la república apoderándose de

las elecciones. El Directorio, al ver su abuso, se dejaba llevar de arranques de impaciencia, que no siempre puede reprimir el gobierno más ilustrado. Aunque fuerte y acostumbrado á la libertad, atemorizábale el lenguaje usado en ciertos periódicos; no comprendía aún suficientemente que era preciso dejar decirlo todo, que la mentira no es de temer nunca, por mucha publicidad que adquiera, pues se gasta por su violencia misma; y que un gobierno perece sólo por la verdad, sobre todo por la verdad oprimida.

El Directorio pidió á los dos Consejos leyes sobre los abusos de la imprenta, y entonces se protestó; pretendióse que como las elecciones se aproximaban se quería entorpecer la libertad, y rehusáronse las leyes pedidas, concediendo sólo dos disposiciones, una relativa á la represión de la columna privada y la otra á los expendedores de periódicos, que en vez de pregonarlos en las calles por su título, anunciábanlos con frases sueltas, á menudo por demás inconvenientes. Así, por ejemplo, vendíase un folleto, gritando por las calles: *Devolvednos nuestros cuartos, y largaos de aquí si no podéis hacer la felicidad del pueblo*. Para cortar semejante escándalo, decidióse que no se podría pregonar los diarios y los escritos sino por su simple título. El Directorio hubiera querido fundar un diario oficial del gobierno: los Quinientos consintieron, pero opusieron los Ancianos. La ley del 3 brumario, puesta por segunda vez á discusión en vendimiario y tomada por pretexto del ridículo ataque de los patriotas en el campamento de Grenelle, fué sostenida por fin después de un debate solemne. Era en cierto modo el punto alrededor del cual no cesaban de encontrarse los dos partidos; pero lo que la derecha quería destruir sobre todo y lo que deseaban conservar los republicanos era el acuerdo que excluía de los cargos públicos á los parientes de los emigrados. Después de un tercer ataque, decidióse mantener esta disposición, haciéndose un solo cambio en la ley que excluía de la amnistía general concedida para los delitos revolucionarios á los que los cometieron el 13 vendimiario.

Este acontecimiento estaba ya demasiado lejano para no amnistiar á los individuos que pudieron tomar parte en él, y que además quedaban impunes de hecho. Aplícase, pues, la amnistía á los delitos de vendimiario, como á todos los demás hechos puramente revolucionarios. Así, pues, el Directorio y todos aquellos que deseaban la república dictatorial conservaban la mayoría en los Consejos, á pesar de los gritos de algunos patriotas locamente arrebatados y no pocos individuos vendidos á la contrarrevolución.

El estado de la hacienda producía el efecto ordinario de la miseria en las familias, turbando la unión doméstica del Directorio con el cuerpo legislativo. Quejábase el primero de que sus medidas no fueran aprobadas siempre por los Consejos; dirigióles un mensaje alarmante y le publicó como para hacer recaer en ellos, las desgracias públicas, si no se apresuraban á dispensar aprobación á sus proposiciones. Este mensaje, del 25 frimario (15 de diciembre), estaba concebido en los términos siguientes:

«Todos los ramos del servicio padecen: la paga de las tropas está atrasada; los defensores de la patria se hallan entregados á los horrores de la miseria; su valor